

Más aún que en sus tratados, es en su amplísima correspondencia —tan rica como la de Voltaire— en donde mejor puede comprenderse el espíritu que lo animaba. En su epistolario, que él mismo publicaba cuidadosamente, se puede reconocer su erudición y su fantasía, su sátira y su ternura. El A. remite, para citar el epistolario erasmiano, a la edición crítica de P. S. Allen, *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, 11 vol., Oxford 1906-1947. Y emplea la traducción francesa de esta edición, publicada bajo la dirección de A. Gerlo, *La correspondance d'Erasme*, 11 vol., Bruselas 1967-1982.

Finalmente hay que señalar el valor decisivo que tuvo para de su popularidad, el desarrollo de la imprenta. El mismo la calificó de “un instrumento casi divino”. Gracias al eficaz trabajo de sus amigos impresores (Aldo Manucio en Venecia, Juan Froben en Basilea, que le imprimió sus grandes tratados y su Patrología) los escritos de Erasmo se extendieron por Europa con una facilidad que hasta entonces era insospechada.

El volumen va acompañado de una tabla cronológica de su vida y sus escritos. Un amplio aparato de citas (más de 40 páginas) en donde el A. presenta las fuentes y los estudios sobre las que ha elaborado su trabajo, y en donde se sostienen sus afirmaciones. Y finalmente, una orientación bibliográfica casi exhaustiva: repertorios, ediciones latinas del corpus erasmiano, traducciones francesas y una bibliografía sumaria de las principales monografías y estudios sobre Erasmo.

M. LLUCH-BAIXAULI

Xavier LEON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan. Jn 1-4*, v. I, («Biblioteca de Estudios Bíblicos»), Sígueme, Salamanca 1989, 348 pp., 21 x 13.

Al año siguiente de aparecer en francés, esta obra es publicada en español. Lo cual es de elogiar. Se trata del volumen primero del comentario a todo el IV Evangelio que nuestro autor intenta llevar a cabo. Contiene los cuatro primeros capítulos del texto joanneo. Dedicar un amplio espacio al estudio del Prólogo, para pasar a lo que él llama Prólogo narrativo, esto es, Jn 1, 19-2, 12. Dedicar un apartado a Jn 2, 13-22, donde se habla de Jesús como Templo de Dios. Luego trata de la fe basada en signos y en la palabra (Jn 2, 23-4, 54). En realidad sólo llega en este apartado hasta el final de Jn 3, pues en el apartado siguiente trata de Jn 4, 1-54 con el título «De Judea a Galilea». Al final, además de citar la bibliografía

más usada, trae un apéndice (cfr. p. 333ss) con una panorámica de todo el IV Evangelio a través de una estructuración muy peculiar, algo oscura y discutible, que hace del texto joanneo.

La Introducción tiene unas características diversas a las introducciones ordinarias, dejando para el final de la obra la presentación de algunas síntesis parciales de todo su trabajo (cfr. p. 11). No obstante, trata de algunos temas propiamente introductorios, lo que nos parece lógico, pues conviene preparar al lector antes de entrar en el mundo del Evangelio. Así alude al testimonio de la Tradición, al referirse a la autenticidad, aunque con demasiada brevedad y de forma un tanto confusa en relación al testimonio de Papías, tan importante como difícil de interpretar (cfr. p. 12).

Trata del modo como se iría gestando el IV Evangelio. Presenta los diversos momentos por los que, al parecer, pasó el texto joanneo. Se daría un primer momento, llamado etapa cero, en la que tenemos la predicación de San Juan, hijo de Zebedeo. La etapa 1ª pertenece a la escuela joánica, en la que la predicación derivada del apóstol Juan se amplía. En la etapa 2ª está el evangelista-escritor que reúne y ordena ese material. Por último, en la etapa 3ª un redactor-recopilador pone punto final a la redacción del libro. Como vemos es una teoría diversa de la de otros estudiosos del tema. Y, como las demás, tiene sus puntos vulnerables. En realidad, es una cuestión imposible de determinar, resultando las soluciones más intrincadas que el problema mismo.

A pesar de admitir diversos momentos redaccionales, se inclina decididamente por una exégesis sincrónica, renunciando a recomponer un supuesto texto, precedente al que nos ha llegado y que la Iglesia ha aceptado durante siglos. Reconoce el valor de la exégesis diacrónica, que intenta reconstruir la historia de la formación del texto incluso la admite como ayuda en determinados momentos. «Pero la hipótesis subyacentes a esta «historia» son tan numerosas y tan poco seguras que numerosos críticos prefieren abandonarlas» (p. 21). Fiel a este principio admite el orden de pasajes como el Prólogo, incluidos los vv. 6-8 y 15, referentes al Bautista (cfr. p. 73.101). Es consciente de su peculiar postura, que explica por su decisión de atenerse «estrictamente al texto actual, tal como nos lo transmite la Iglesia» (p. 113). En otros momentos del comentario vuelve a mostrar su aceptación del texto, sin concesiones a presuntas alteraciones (cfr. pp. 223, 228, 234, 238, 264).

Recuerda como Juan recurre con frecuencia a los símbolos en su relato, «heredero como es de la gran tradición bíblica» (p. 19). Sin embargo,

deja bien sentado que lo simbólico «no se opone ni mucho menos a «real», a pesar del uso banal que se ha hecho de esta palabra» (ib.). San Juan, según la propia perspectiva, ha seleccionado los datos que ha considerado oportunos en orden al fin propuesto, concediendo «al pasado una plus-valía en la que se reconoce la plenitud de la fe pascual» (p. 20). Dentro de esa línea interpretativa, habla de una «lectura simbólica» en la que distingue tres niveles. Primero el que ofrece el texto mismo, luego el que ofrece el evangelio en su conjunto y, finalmente, el que el lector contempla desde su situación personal. Ello no significa que dichos niveles sean independientes. Tienen una relación intrínseca, ya que el primero está en la raíz de los otros dos (cfr. p. 174). Sin embargo, esa distinción parece un tanto artificiosa. No obstante, cada perícopa comentada termina con unas reflexiones que, con el título de «apertura», trata de aplicar el texto comentado al lector actual.

Consideramos muy interesantes las páginas que dedica a la hermenéutica del IV Evangelio. Por una parte, hay que tener en cuenta «el principio teológico que informó su obra: el papel explícito del Espíritu Santo en la comprensión del misterio de Jesús» (p. 13). En el mismo sentido se pronunciará más adelante, intercalando una extensa, e intensa, cita agustiniana (cfr. p. 31). Por otra parte, estima León-Dufour que en el texto joánico tenemos dos tiempos diversos, que el evangelista tiene en cuenta. Está el tiempo de los oyentes contemporáneos a Jesús y está el tiempo de los lectores posteriores a la Pascua. Así los hechos de la vida del Señor tenían un valor determinado para quienes los presenciaron, fueran o no creyentes. Sin embargo, esos mismos hechos fueron recibidos por los discípulos de los apóstoles con las luces nuevas que brotaron de la Pascua y, sobre todo, de Pentecostés. «Juan restituye a la vez la predicación de Jesús de Nazaret y la enseñanza clara del Espíritu. De esta forma toca un doble teclado, el del recuerdo, que puede proceder de los testigos oyentes, y el de la contemplación del misterio, que pertenece a los creyentes» (p. 17). Aclara que no hay que privilegiar ese segundo tiempo, como si el primero no tuviera nada que ver, «siendo así que sigue produciendo sus efectos en la comprensión de la salvación» (ib.).

En esa comprensión es muy estimable cuanto los Padres de la Iglesia escribieron. Por ello nos resulta valioso el recurso frecuente a la exégesis patristica que tenemos en este comentario (cfr. pp. 25, 126, 128, 152, 188, 202, 227, 241, etc.). En cuanto a la traducción del texto se nos hace con frecuencia un tanto extraña y disonante. Así en Jn 1, 1 dice: «El principio era el Logos y el Logos era junto a Dios y el Logos era Dios». Aceptamos que traducir *Logos* por *Verbo* sea un modo de traducir que necesite una

aclaración posterior, aunque pensamos que también el término Palabra, predominante hoy en las traducciones también necesite ser aclado. Sin embargo, dejar *Logos* sin más nos parece poco adecuado. Tampoco verter la forma verbal *en* como «era», en lugar de estaba y existía nos parece aceptable, máxime cuando en el v. 2 traduce el mismo verbo por «estaba». También en el comentario pone «estaba» (cfr. p. 56). Luego en el v. 2 cambia «principio» por «comienzo» (cfr. p. 61). Tampoco nos parece justificado que intercale en Jn 1, 43 el nombre de Andrés, aunque sea entre paréntesis (cfr. p. 146). Ello supone una interpretación superpuesta a la traducción. Algo parecido ocurre en otros pasajes (cfr. pp. 162, 221).

El tema de la presencia gnóstica en los escritos joánicos, en especial en el Prólogo, lo trata con mesura y estima que dicha presencia es más de forma que de fondo (cfr. pp. 47, 78, 92, 116). Lo mismo ocurre con los escritos de Qumran (cfr. p. 129). En cuanto a la bibliografía, como suele ocurrir en autores europeos, se silencia lo escrito en español. Tampoco Italia figura en el capítulo de las revistas. Se nos hace un tanto incomprensible en este autor que, con bastante frecuencia, presenta boletines bibliográficos sobre el IV Evangelio. Este comentario no es siempre fácil de leer por el lector medio al que esta obra va destinada, según reconoce el mismo A. (cfr. p. 29). No obstante, ayudará a una mejor y más profunda comprensión del IV Evangelio.

A. GARCÍA-MORENO

Geraldo MORUJÃO, *Relações Pai-Filho em S. João. Subsídios para a teologia trinitária a partir do estudo de sintagmas verbais gregos (Jo 5 e 17)*, Viseu 1989, 303 pp., 23 x 16.

El profesor Morujão alterna la docencia con la investigación desde hace treinta años. Fruto maduro de su actividad es el libro que analizamos ahora. Los comienzos fueron sus trabajos para el doctorado, realizados bajo la dirección del que fuera primer decano de la Facultad de la Universidad de Navarra, D. José María Casciaro. Aquellos tanteos iniciales continuaron luego en Roma y en Jerusalén, como becario de la Fundación Gulbenkian. Han sido años de estudio paciente y esforzado, coronados al fin por este interesante trabajo, en el que se conjugan dos elementos no siempre conciliados en el quehacer exegetico, el trabajo científico y técnico junto con la profundización teológica de los textos biblicos.